

Comunicación de Davide Prospero,
presidente *ad interim* de la Fraternidad de Comunión y Liberación,
al movimiento de Comunión y Liberación
Por conexión en video desde Milán, 29 de noviembre de 2021

Cantos:

- *Canzone dell'ideale (Parsifal)*
- *La strada*

Buenas noches a todos. En primer lugar, os agradezco vuestra participación esta noche, aun habiendo sido avisado con tan poco tiempo. También quiero agradeceros la paciencia con la que habéis esperado indicaciones sobre la guía de nuestro movimiento, tras la noticia de la dimisión de Julián.

Os aseguro que mi agradecimiento a cada uno de vosotros no es formal. Estoy profundamente persuadido de que la actitud respetuosa, cargada de mirada positiva y de esperanza, que he visto en muchísimos de vosotros durante estas semanas, es un fruto precioso de la educación en la fe que hemos recibido en esta compañía.

Hemos cantado «Qué hermoso es el camino para quien lo recorre...» (C. Chieffo, «La strada», en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2004, p. 340). Por ello, continuemos nuestro camino sin detenernos. El camino es hermoso y seguro, no tenemos nada que temer porque el Señor nos dice: «estaré contigo, he puesto mi mano en tu corazón» (C. Chieffo, «Canzone dell'ideale (Parsifal)», en *Cancionero*, op. cit., p. 326). Esto se me ha hecho evidente por el aluvión de mensajes y cartas recibidas este fin de semana como respuesta a la carta que os escribí el sábado por la tarde. Este es el primer testimonio de que estamos en camino. Y de que estamos en camino juntos. Muchísimas gracias.

Os he propuesto este breve encuentro para compartir las decisiones que se refieren a la vida del movimiento en este delicado paso de nuestra historia.

Por esta razón, quiero haceros partícipes del fruto del diálogo que tuve con el cardenal Kevin Farrell, Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, el pasado jueves, 25 de noviembre, retomando sintéticamente los contenidos de la carta que os escribí el sábado.

En primer lugar, el Prefecto ha confirmado que, en caso de dimisión del Presidente, según el artículo 19 de los estatutos de nuestra Fraternidad, el Vicepresidente le sustituye a todos los efectos. Por tanto, el Cardenal me ha reconocido plenas funciones como Presidente, especificando que se trata de un mandato *ad interim*, que concluirá cuando se hayan realizado las elecciones del nuevo Presidente de la Fraternidad, las cuales serán llevadas a cabo en conformidad con el Decreto general promulgado por el Dicasterio el 11 de junio de 2021. El Prefecto también ha precisado que, a tenor del mismo Decreto, en vigor desde el pasado 11 de septiembre, la Diaconía Central, tal y como está compuesta actualmente, no puede proceder a la elección de un nuevo Presidente y ha añadido que dicha elección no podrá realizarse, razonablemente, antes de al menos doce meses desde mi entrada en el cargo. En efecto, este es el tiempo que será necesario para preparar las nuevas elecciones, según los pasos que paso a describir brevemente.

Como os escribí, el primer paso en esta preparación consistirá en la aprobación de unos nuevos Estatutos. El proceso de revisión también debe prever una consulta interna en la Fraternidad. La finalidad de esta consulta consiste en que las nuevas normas reflejen, del modo más adecuado posible, la originalidad de nuestro carisma y, por tanto, la identidad específica de la Fraternidad de CL dentro de la Iglesia.

Para ello nombraré próximamente una Comisión, que tendrá una función consultiva al servicio de la Diaconía Central de la Fraternidad. En cuanto sea posible daré a conocer su composición. Todo el que lo desee podrá, de este modo, ofrecer su contribución a la Comisión. El texto de los Estatutos actualmente en vigor se encuentra disponible en la página web reservada a los inscritos en la Fraternidad.

Durante nuestro diálogo, he manifestado al Prefecto nuestro deseo de llevar a cabo este trabajo en estrecha colaboración con el Dicasterio, verificando periódicamente el itinerario de elaboración del documento hasta que se someta a su aprobación definitiva. El cardenal Farrell, que se ha mostrado muy acogedor y cordial, ha confirmado paternalmente su disponibilidad para acompañarnos en este trabajo, también a través de sus colaboradores.

Una vez que se haya concluido este proceso, podremos, a su debido tiempo, realizar las elecciones de los responsables locales y regionales, formar una nueva Diaconía y, por último, designar un nuevo Presidente de la Fraternidad. Me permito subrayar que lo que nos espera es una experiencia profundamente nueva. Por ello, necesitaremos tiempo para poder adquirir una familiaridad adecuada con los instrumentos jurídicos proporcionados por la Diaconía. Para prepararnos será necesario que tomemos conciencia del significado que la Iglesia otorga al derecho en la experiencia de la comunión. Somos bien conscientes de que la vida no nace del derecho y de que no basta apoyarse en los mecanismos electorales para cultivar la continuidad y vitalidad del movimiento. Sin embargo, no debemos percibir estos aspectos de nuestra vida comunitaria como irrelevantes o incluso en contradicción con la naturaleza carismática de nuestra experiencia. De ello nos ha dado testimonio don Giussani, que fue el primero que quiso incluir el método de la elección en los estatutos de la Fraternidad, aprobados por la Santa Sede en 1982. Por tanto, tenemos que considerarlos, cada vez más, por lo que son y servirnos de ellos como instrumentos para la tutela de la libertad y la puesta en valor de nuestra experiencia de Fraternidad. Se trata de un paso ulterior de madurez que la Iglesia nos pide. Vivámoslo como ocasión de crecimiento de la que Carrón ha llamado nuestra «autoconciencia eclesial» (J. Carrón, «Carta de dimisión», 15 de noviembre de 2021, *clonline.org*).

Si cada uno de nosotros se muestra disponible a recorrer este camino, podremos llegar al momento de las elecciones de forma consciente y serena, mediante una confrontación fraterna entre nosotros sobre las cuestiones fundamentales de la vida de nuestra Fraternidad.

Concluyo esta introducción que os debía, en la que he querido exponeros, de la manera más sencilla y precisa posible, la parte más técnica de las peticiones que la Iglesia nos dirige en este momento. Mi diálogo con el Prefecto, sin embargo, no se ha limitado a estos temas, sino que he tenido la ocasión de compartir con él los aspectos más destacados de la vida del movimiento, algunos de los cuales no conocía. Ha sido un encuentro cordial y sincero, donde el Cardenal ha manifestado en varias ocasiones su estima personal por nuestro movimiento, así como la del Santo Padre.

El Prefecto ha concluido el diálogo invitándome a no considerar este tiempo como si se tratara de un paréntesis, recomendándome que la vida de la Fraternidad y sus actividades no se suspendan, de modo que quede asegurada para todos una clara propuesta educativa. Como os he prometido en la carta, quiero presentaros ahora las consideraciones que estimo como más importantes para este momento.

Agradecimiento a Julián Carrón

Antes de cualquier otra consideración, quiero expresar todo mi agradecimiento a Julián Carrón. Su última carta ha sido para mí un gesto de verdad ofrecido a nuestra libertad para empujarnos a asumir «en primera persona la responsabilidad del carisma» (J. Carrón, «Carta de dimisión», cit.). Durante estos años, he tenido el privilegio de trabajar en estrecho contacto con él, participando en centenares de reuniones y encuentros con él o representándole, visitando juntos comunidades en todo el mundo, ofreciéndole mi contribución a la hora de juzgar situaciones y problemáticas que hemos tenido que afrontar. Hemos atravesado juntos las fases más críticas de nuestra historia reciente y nos hemos ayudado a hacerlo, junto a los demás responsables.

Julián ha trabajado en estos años con pasión para ofrecernos constantemente una palabra de ayuda para afrontar los retos del tiempo que vivimos. Dirigiéndose al movimiento y viviéndolo con nosotros, no se ha cansado de reclamarnos al acontecimiento que ha unido nuestros caminos: el encuentro con Cristo vivo aquí y ahora, hecho posible gracias a la fascinación de la persona de don Giussani, padre y maestro del que esperamos que la Iglesia pueda reconocer pronto su santidad. De manera igualmente incansable, Julián nos ha conducido a realizar un trabajo sobre nosotros mismos,

buscando favorecer, en cada uno de nosotros, un camino de maduración de la fe, que estamos llamados a entender, cada día más, como adhesión libre y convencida a Cristo y a la Iglesia.

Por todo esto, junto con todos vosotros y también en vuestro nombre, quiero darle las gracias.

Una llamada a la responsabilidad

Llego así a la parte central de mi intervención, que articulo en dos puntos. Los he titulado de este modo: *Una llamada a la responsabilidad* y *La comunión como criterio de la guía*.

La frase central de la carta con la que Julián nos ha comunicado su dimisión nos pone a todos en juego. «Esto», afirma Julián tras explicar el motivo de su decisión, «llevará a cada uno a asumir en primera persona la responsabilidad del carisma» (J. Carrón, «Carta de dimisión», cit.).

Es muy importante que nos hagamos cargo de esta invitación, ante Dios, que ha suscitado en su Iglesia la persona de don Giussani, y también ante la Iglesia, a la cual se confía, en última instancia, todo don carismático, del que ella misma es garantía. Sé que sois conscientes de todo ello, también porque muchísimos de vosotros, durante estos días, me habéis pedido ayuda para profundizar en el significado de esta afirmación de Julián.

Con este espíritu, quiero indicar tres modalidades de vivir la responsabilidad personal que se nos pide, de manera que podamos contribuir concretamente a este importante momento de paso.

En primer lugar, cada uno de nosotros es responsable de sí mismo y de su fidelidad personal al don recibido. Lo hemos estudiado en la Escuela de comunidad, profundizando una invitación inequívoca de don Giussani: «Cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado. Cada uno es causa del declinar o del incrementarse del carisma, cada uno es un terreno en el que el carisma se desperdicia o da fruto. La toma de conciencia de esa responsabilidad es gravemente urgente para la lealtad y la fidelidad de cada uno. Oscurecer o disminuir esta responsabilidad quiere decir oscurecer y disminuir la intensidad de la influencia que la historia de nuestro carisma tiene en la Iglesia de Dios y en la sociedad» (*Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 122). Por tanto, cada uno de nosotros está llamado, en primer lugar, a intensificar su compromiso en la adhesión a Cristo en su vida cotidiana. Lo podemos hacer si seguimos tomando en serio la propuesta educativa que el movimiento nos ofrece en todas sus dimensiones. Especialmente subrayo el trabajo sobre los textos de la Escuela de comunidad; la contribución a la vida de la comunidad a la que pertenecemos, empezando por el propio grupo de Fraternidad; la fidelidad al fondo común como gesto de participación en las necesidades de todo nuestro cuerpo y como educación para concebir todo lo que poseemos en función de la misión de la Iglesia; y, por último, la caritativa.

Quizá alguno esté viviendo con temor y con cierta desorientación los cambios que están sucediendo. No tenemos que escandalizarnos de estos sentimientos. Ayudémonos a responder a la circunstancia, es decir, a usar bien el tiempo que se nos da, día tras día, para que sea fecunda la gracia con la que Dios ha salvado nuestra vida, con alegría y gratitud por todo lo que hemos recibido durante estos años.

En segundo lugar, cada uno de nosotros es responsable de la unidad del movimiento. Me urge insistir a fondo en este punto, que considero el más decisivo en este momento.

¿Qué hemos vislumbrado cuando nos hemos encontrado con el movimiento? ¿Qué nos ha fascinado en este encuentro hasta el punto de arrancarnos de nuestra indiferencia y empujarnos a seguir esta compañía? Ha sido un anuncio, el anuncio de que la vida, nuestra vida tal y como es, tiene un significado, un destino bueno. Un anuncio que ha suscitado en nosotros el presentimiento de la verdad. Y este anuncio, el anuncio de un significado que trae consigo la certeza de un destino bueno, se ha mostrado a nuestro corazón con la forma de una amistad. Una amistad cargada de afecto por nuestra vida, por las necesidades fundamentales de nuestra humanidad. Una amistad que, como solía decir don Giussani, es una «compañía guiada hacia el Destino» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 80). Y nosotros sabemos que el Destino no es simplemente la meta final de nuestra existencia, sino que es un Dios que camina con nosotros desde ahora. El Verbo se ha hecho carne y

se ha convertido en compañía, amistad para el hombre, para mí y para ti, a través de la gran compañía de la Iglesia y del movimiento.

El encuentro que nos ha reunido ha generado entre nosotros una unidad profundísima. Por esta razón, percibimos la necesidad de estimar a las personas que están con nosotros en el mismo camino. Y nos asombramos cuando alguien encuentra la misma historia que percibimos como nuestra –como sucedió recientemente con nuestro amigo español Mikel Azurmendi–. Por eso, a menudo nos descubrimos compartiendo el mismo modo de juzgar las cosas. Por otra parte, también el sufrimiento de quien se siente marginado o juzgado por otros, como desgraciadamente ha sucedido y sucede entre nosotros, es un signo de la profundidad de este vínculo recíproco. Que no nos pase que convirtamos el carisma que nos ha unido en un pretexto para dividirnos. El bien más precioso que poseemos es nuestra pertenencia recíproca, porque es en ella donde se dan y se conservan todos los demás dones. Por esta razón, tenemos la tarea de custodiarla y alimentarla, buscando juntos esa verdad que don Giussani nos ha enseñado a amar más que a nosotros mismos, es decir, más que el apego a nuestras opiniones y proyectos.

A este respecto, podemos citar un texto que muchos conocéis, titulado «El mayor sacrificio es dar la vida por la obra de Otro», donde justo al comienzo don Giussani dice: «En uno de los himnos de laudes cantamos: “A nuestro concorde encuentro se una hoy un Huésped nuevo”. Concorde: el verdadero sujeto protagonista de la historia es solo la unidad de un pueblo. La palabra concordia tiene un valor metafísico, ontológico, y un valor ético, moral». E, inmediatamente después, explica: «El valor metafísico y ontológico de nuestra concordia consiste en la profundidad que asume nuestra unidad por la presencia grande de Cristo, que es lo único que sabemos. Nosotros recibimos tal gracia [...] que quienes quiera y como quiera que seamos, podemos repetir sincera e ingenuamente que no conocemos otra cosa que a Cristo. Pues, en efecto, nuestra concordia no conoce otra cosa que a Cristo. De este valor ontológico de la compañía brota con fuerza su valor moral: es fruto de una libertad. Nuestra concordia es fruto de la libertad» (*L'avvenimento cristiano*, Bur, Milán 2003, p. 65).

Esta palabra es preciosa: concordia. Concordia quiere decir tener un solo corazón. Cristo ha hecho de nosotros una sola cosa y solo mirándole encontramos nuestra unidad, solo afirmando la presencia de Cristo como la única realidad a la que estar apegados verdaderamente. En efecto, ¿qué es lo más querido que tenemos? Nuestra responsabilidad por la unidad del movimiento se juega, ante todo, en este acto de libertad. Responsabilidad del carisma y responsabilidad por la unidad del movimiento están, por tanto, íntimamente vinculadas la una a la otra. En efecto, en ese mismo texto dice don Giussani: «La esencia de nuestro carisma puede resumirse en dos cosas: – ante todo, el anuncio de que Dios se ha hecho hombre (el asombro y el entusiasmo por esto); – en segundo lugar, la afirmación de que este hombre está presente en un “signo” de concordia, de comunión, de unidad de una comunidad, de unidad de un pueblo» (*L'avvenimento cristiano*, op. cit., p. 67).

Evitemos, por tanto, en la medida de lo posible, críticas estériles y condenas recíprocas; y si es necesario hablar de otros, hagámoslo con el respeto que nace de la conciencia de que Cristo les ha elegido y llamado con nosotros. Respecto a la responsabilidad particular que se me ha confiado deseo, como os he escrito, escuchar a todos y que todos se sientan escuchados.

En tercer lugar, para asumir la responsabilidad del carisma es necesario que cultivemos en nosotros y entre nosotros una actitud de confianza respecto a la Iglesia y su autoridad. Don Giussani nos ha enseñado que, a través de los hombres a los que se ha confiado la guía de la Iglesia, obedecemos al mismo Dios. La pertenencia al movimiento es el modo en el que Dios nos ha llamado a pertenecer a la Iglesia. La obediencia a la Iglesia, también cuando implica sufrimiento, es, por tanto, el único camino que conocemos para ser verdaderamente fieles a la historia particular que hemos encontrado.

Por mi parte, como acabo de decir, junto a los demás miembros de la Diaconía, deseo intensificar el diálogo con el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, para responder a las peticiones que el Santo Padre nos ha dirigido. Cada uno de vosotros puede sostenernos en este trabajo en las formas a las que me he referido al comienzo, pero sobre todo alimentado en sí mismo una actitud de estima respecto a las personas que la Iglesia nos indica como referencias autorizadas. También en este caso, os invito a evitar entre nosotros discursos puramente reactivos y superficiales que no ayudan a nadie.

No hay que tener miedo a que, en la confrontación con la autoridad de la Iglesia, vaya a menguar la originalidad de nuestro rostro.

La comunión como criterio de la guía

Cuando he comunicado al cardenal Farrell mi disponibilidad para asumir la responsabilidad que se me pedía, era muy consciente de que estamos atravesando un momento delicado.

A este respecto, quiero repetir os esta noche lo que os escribí el pasado sábado. He aceptado el cargo que ejerzo como acto de obediencia al Santo Padre y mi único interés es servir al movimiento y a la vida de cada uno de vosotros, durante el tiempo establecido, buscando ante todo llevar a cabo las medidas indicadas por el Dicasterio.

Más específicamente, a la hora de vivir mi responsabilidad quiero confiarme a la amistad y a la colaboración con algunos de vosotros, para que me ayuden particularmente. En primer lugar, pienso en los que son actualmente miembros de la Diaconía Central de la Fraternidad. También pienso en personas competentes y autorizadas que, gracias a Dios, son numerosas entre nosotros. Por último, pienso en muchas personas que estimo y que he conocido estos años visitando muchas comunidades en Italia y en el extranjero.

Aparte de esto, también quiero compartir una mirada unitaria con las personas que guían otras realidades que se refieren al carisma de don Giussani, algunas de las cuales están también representadas en la Diaconía de la Fraternidad de CL, valorando la polifonía de las diferentes expresiones de nuestra gran compañía. Concretamente, los *Memores Domini*, que en este momento están guiados –como sabéis– por Monseñor Filippo Santoro como Delegado especial del papa Francisco; deseo trabajar de acuerdo con él y con las personas que él indique. Me refiero también a la Fraternidad San José, que puede definirse como una costilla de la misma Fraternidad de CL y que reúne a muchas personas cuya vida es un testimonio, a menudo tan humilde como precioso, en nuestras comunidades; pienso también en las Hermanas de la Caridad de la Asunción, que familiarmente conocemos como “Suorine”, que viven una vocación de cercanía a los que sufren y a los marginados y que siempre han sido un gran testimonio para todos nosotros; pienso en los monjes de la Cascinazza, que don Giussani ha mirado siempre como el corazón contemplativo del movimiento, porque su oración sostiene silenciosamente a todo nuestro pueblo; me refiero a la Fraternidad y a las Misioneras de San Carlos Borromeo, que viven su vocación misionera en el sacerdocio y en la consagración, anunciando a Cristo en todo el mundo según nuestro carisma. Y, para terminar, no quiero olvidarme de Vitorchiano, con todas sus fundaciones, sabiendo que estos monasterios son lugares de referencia para muchas personas del movimiento y que son numerosas las monjas que han madurado su vocación precisamente en nuestras comunidades.

Por todas estas realidades experimento, y me gustaría que todos experimentáramos, una estima profunda. Sus miembros han encontrado en ellas el cumplimiento de su encuentro con el movimiento, en el que fueron educados en la fe. Respondiendo a su vocación, cada uno según su forma específica, estos amigos nuestros nos dan testimonio de que el sentido de la vida es Cristo. Quien, como yo y como la mayoría de nosotros, ha sido llamado al matrimonio y vive sus responsabilidades familiares, puede encontrar una gran ayuda en la cercanía de las personas que se han consagrado a Dios en estas vocaciones específicas.

Entre estas también están los sacerdotes, diocesanos o religiosos, que pertenecen a la Fraternidad de CL y siguen el movimiento. Todos nos damos cuenta de cuán preciosa es su presencia en nuestras comunidades, especialmente en tiempos en los que escasean las vocaciones.

La unidad del movimiento y la misión

Quiero concluir refiriéndome a la llamada a la misión, estrechamente vinculada a nuestra unidad como pueblo.

De nuestro pueblo han nacido muchísimas obras educativas y de caridad, organizaciones sin ánimo de lucro y de servicio, centros culturales y asociaciones que sostienen la vida de las familias, el trabajo de profesores, médicos, docentes e investigadores universitarios, profesionales, empresarios y otras

categorías, así como el compromiso social y político de los que se dedican a ello. En todo este ámbito variopinto se expresa y se concreta nuestra dedicación libre y gratuita al bien común. Este es el fruto de lo que podemos considerar el corazón viviente de la propuesta que se nos hace a través del encuentro con el movimiento: la educación. De aquí nace todo.

Nuestro pueblo es generoso, ha sabido construir lugares donde el yo confuso y herido de los hombres de hoy puede encontrar acogida, luz y apoyo. Me urge, hoy más que nunca, que todos los recursos posibles y todas las energías se pongan al servicio de esta creatividad que nace de la fe en la que hemos sido educados. Por ello, quiero dar las gracias, desde ahora, a todos los que viven el sacrificio cotidiano que se les pide para que un mundo nuevo pueda hacerse ya visible en medio de las contradicciones de este mundo.

Ante nosotros se abre un tiempo de creatividad y de misión. Pongámonos, por tanto, manos a la obra. Dios nos llama a vivir con libertad y coraje en un mundo que espera el anuncio de su presencia. Y nosotros responderemos a esta llamada siendo testigos creíbles de la belleza de lo que hemos encontrado.

«La obra de la Fraternidad», nos ha enseñado don Giussani, «es el crecimiento del Movimiento en el servicio a la Iglesia» (*A través de la compañía de los creyentes*, Encuentro, Madrid 2021, p. 68). El movimiento y su crecimiento son, por tanto, la obra que la Iglesia vuelve a poner en nuestras manos en este momento.

Por ello, tras concluir el trabajo sobre los textos de la Jornada de apertura de curso y continuando el trabajo sobre *Crear huellas en la historia del mundo*, os propongo retomar, durante el mes de diciembre, la carta que don Giussani escribió a la Fraternidad el 22 de febrero de 2002, con ocasión del vigésimo aniversario del reconocimiento pontificio. Puede ser de gran ayuda en este momento.

La Iglesia nos invita, durante los próximos meses, a un trabajo «confiado a la especial intercesión del Siervo de Dios don Luigi Giussani», como ha escrito el Prefecto en la carta con la que me ha confirmado en el cargo. El momento que estamos viviendo, sigue diciendo el cardenal Farrell, «requiere un trabajo inspirado en la oración, la reflexión y la puesta en común en los diferentes niveles del movimiento». Por tanto, os pido que dediquéis un momento durante el día para rezar, individualmente o con otros, el *Ángelus* y el *Himno a la Virgen* de Dante (tan querido para nuestro fundador), pidiendo que este tiempo sea útil para iluminar un camino seguro ante nosotros, que nos haga experimentar el abrazo de la Santa Madre Iglesia, para que maduren los frutos de nuestro camino en el mundo para «la gloria humana de Cristo».

Para despedirnos, me gustaría decir con vosotros una oración a san José. Este es el Año especial dedicado a san José, del que soy muy devoto, y por eso me gustaría terminar así:

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

(Francisco, Carta apostólica *Patris corde*, San Juan de Letrán, 8 de diciembre de 2020, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la B.V. María)

Veni Sancte Spiritus